

II

Aquí comienza la segunda faz de la expedicion francesa. Salimos del dominio de la diplomacia y de la política para entrar al terreno de la guerra. Tambien aquí se han cometido faltas, á las que han sucedido consecuencias funestas.

Despues de la ruptura de los convenios de la Soledad, las tropas francesas, reforzadas por 3,500 hombres que habia traído el general de Laurencez, comenzaron las hostilidades. No se habia ido mas allá de la línea del Chiquihuite, como prevenian los tratados, y esta violacion de la palabra empeñada era un fatal principio, produciendo un deplorable efecto. Un pueblo civilizado, que se jactaba de llevar á una nacion casi bárbara el respeto al derecho y á los compromisos contraídos, comenzaba hollando así una promesa solemne. Esta fué una doble falta. Ademas de que se disminuyó el prestigio de nuestra fuerza, fuimos los primeros que abrimos la puerta á la traicion. Por otra parte, los mexicanos se imaginaron, y en su lenguaje fanfarron repitieron hasta el fastidio, que los franceses habian tenido miedo de volverles la posicion de la garganta del Chiquihuite; *posicion*, decian ellos, *que los franceses no habrian tomado si la hubieran defendido los dignos hijos de Cortés*. Para el que sea inteligente en el arte de la guerra, los mexicanos se forjaban

una ilusion. El camino de la garganta, defendido por algunos cañones de fierro fundido y por algunas viejas piezas de muralla, difíciles de maniobrar y que enfilaban muy mal la senda tortuosa que desemboca allí viniendo del mar, era muy fácil de flanquear por las alturas inmediatas, y sin duda que la resistencia no se habria prolongado mucho. Pero de cualquiera manera habria sido preferible sufrir algunas pérdidas, aun con el riesgo de retardar los socorros que debian llevarse á los enfermos que se habian abandonado en Orizaba, antes que permitir se nos acusara de haber faltado á nuestra palabra. Esta vez, aun el buen derecho quedó de parte de los mexicanos, los cuales tuvieron la habilidad de explotar con las poblaciones nuestro olvido de los convenios firmados.

No tratamos de describir aquí las operaciones militares comenzadas bajo tan malos auspicios, y que vinieron á desenlazarse tan cruelmente el 5 de Mayo de 1862 frente á los muros de Puebla; pero se puede decir que nuestro gobierno cometió una serie de errores, que atestiguaban de su parte una ignorancia completa del país adonde iba á llevar la guerra, á la vez que un extraño olvido de los sentimientos que en nuestra propia patria habia levantado la invasion de los aliados.

El general de Laurencez habia recibido la mision de abrir semejante campaña al frente de un efectivo irrisorio por su insuficiencia. La responsabilidad de su mal éxito sube de derecho al gobierno, que no habia seguido las reglas de la mas simple prevision. Los laureles tan rápidamente recogidos en China por algunos batallones felices, hacian esperar sin duda una nueva cosecha de ellos en México. Fué preciso todo el heroismo de un puñado de hombres para que el jaque sufrido frente á los fuertes de Guadalupe y de Loreto no se cambiase en un completo desastre, y la historia imparcial dirá muy alto que la retirada del general de Laurencez á

traves de treinta leguas de un país montuoso, inundado y apropiado para las emboscadas, intimidando con el aspecto viril de su columna á la numerosa caballería de Carabajal, que coronaba los cerros sin atreverse á descender, llevando sus numerosos heridos y su material de guerra hasta Orizaba; que esta retirada, decimos, está á la altura de los mas hermosos hechos de armas. Este gefe militar ha cometido faltas por haber desconocido los grandes principios de la guerra. Primero debió informarse, antes de acercarse á Puebla, adonde creia entrar como en una ciudad amiga, y que lo recibió, á corta distancia, con un fuego graneado. Despues debió asegurarse á toda costa del cerro del Borrego, que dominaba la ciudad de Orizaba, y adonde debia buscar un refugio despues de su retirada.

Pero la derrota de Puebla ha tenido por causa principal la completa ignorancia de Saligny, que estaba revestido de amplios poderes, y que marchaba con el ejército dirigiéndolo todo sin conocer las disposiciones de la plaza y de la poblacion. El general, engañado por los acertos de la diplomacia mal informada, marchó de frente, convencido de que las calles de Puebla estaban adornadas con arcos de triunfo en honor de nuestros soldados libertadores. El engaño fué cruel: pero debió preverse. Era acaso el partido de los emigrados que habian envejecido fuera de su país, el que podía dar consejos saludables?

Por otra parte, se habia tomado por aliado al general Márquez, conocido en México por su crueldad, culpable por haber roto los sellos de la legacion inglesa para sustraer siete millones de francos que estaban allí depositados, cuando militaba á las órdenes de Miramon, rebelde contra Juarez: culpable aun por haber fusilado á los heridos nacionales y extranjeros que encontró en los hospitales de Tacubaya! Su bandera precedia á la nuestra, y fué saludada por el país como lo merecia. Márquez habia llamado la intervencion!

Así es que íbamos á presentarnos como libertadores á los mexicanos llenos de odio contra Márquez, soldado vigoroso, pero en el cual el soldado tenia instintos de verdugo. El último sitio de México, que defendia este general hacia tres semanas, se ha señalado por excesos que deshonraron la causa imperial, segun confesion del mismo desgraciado Maximiliano. Pero desde entonces sufrimos las consecuencias de nuestras faltas. El general Márquez tenia que ser naturalmente nuestro aliado, puesto que él fué quien desde 1861 tenia en sus manos los hilos de la conspiracion franco-mexicana.

México es un país maldito; la palabra patria no tiene eco allí. Está dividido en dos partidos que se intitulan clericales y liberales, sin hablar de los bandos de todos colores que pillan las ciudades y plagian á los pasajeros en nombre de Dios ó de la libertad. En ambos partidos hay sin duda honrosas individualidades que se lamentan de la decadencia de su patria y de la guerra civil. Pero mientras que cinco millones de indios trabajan y sufren, los clericales quieren conservar lo que han adquirido á espensas de la prosperidad general; los liberales quieren enriquecerse y llegar á los altos puestos. Todos son culpables. Los liberales, fieles á la Constitucion, no tienen al ménos la vergüenza de haber entregado su patria al extranjero. Este es el único mérito del presidente Juarez, pero á ello debe su fuerza: y con esa fuerza debia contar la Francia. Esto dará á Juarez, ante el tribunal de la historia, el beneficio de las circunstancias atenuantes.

Mientras que el general Laurencez, encerrado en Orizaba durante la mala estacion de 1862, sufría mil privaciones y resistía con la pequeña fuerza á los esfuerzos del enemigo, el general Forey se hacia á la vela para Veracruz con 30,000 hombres de tropas frescas. Desde la llegada del nuevo cuerpo espedicionario, el general de Laurencez volvia á Francia,

llevando consigo el sincero pesar de sus soldados, que lo habían juzgado en el campo de batalla. El general en jefe, desde los primeros días de Octubre, instaló su cuartel general en Orizaba.

Todos esperaban llegar pronto á las manos con el enemigo: la campaña podía terminarse rápidamente. Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero, eran los meses mas favorables para las operaciones que debian efectuarse en los altos llanos que separan á Orizaba de México. Adonde se habian estrellado 5,000 combatientes, 35.000 soldados llenos de arrojo, celosos de vengar una derrota debida á una sorpresa, debian apoderarse de Puebla, ciudad abierta, y de sus fuertes que no se habia tenido tiempo para hacerlos formidables por trabajos de defensa. La escuadra, á la cual se habia confiado el penoso y difícil encargo de trasportar las tropas y el material de guerra, no habia sido suficiente para llevar las provisiones necesarias. Era, pues, necesario que llegase prontamente á San Andrés, lugar abundante en maíz y ganado, la pequeña division del general de Laurencez que conocia la topografía y los recursos de aquel lugar. Los regimientos recién desembarcados, debian seguirlos inmediatamente, y así hubiera escapado á la acción de la tierra caliente. Tambien así se aseguraban los víveres para las diversas columnas que convergían á Puebla por los caminos de Tehuacan, el Palmar y Perote. Rápidamente entraria, pues, el ejército francés á México sin muchas pérdidas, y sin haber pillado ni dejado pillar al país, para quien bastante funesta era ya una guerra rápidamente hecha.

Todas las previsiones del ejército, impaciente por comenzar las operaciones, quedaron burladas. El general Forey procedió con una lentitud tal, que permitió al ejército juarista organizar la defensa, levantar á los indios en masa, llamar los contingentes mas lejanos del centro del territorio, saquear las haciendas de los alrededores, quemar las

provisiones que no pudieron llevarse consigo, y en fin, cubrir á Puebla con una doble línea de fortificaciones y baterías.

Cinco meses largos pasaron así en marchas y contramarchas llenas de fatiga. Hasta Abril de 1863, el ejército francés no avanzó sino paso á paso, empobreciendo aquellos lugares con su larga permanencia, y aumentando la confianza de los liberales con el exceso de sus precauciones. Así es que, cuando ascendimos á las Cumbres, el enemigo habia dejado un vacío delante de nosotros en los valles del Anáhuac. Aquella region estaba devastada y casi estéril. La tierra caliente habia diezinado nuestro ejército, y fué preciso pedir á los Estados- Unidos los granos necesarios para los hombres y los animales. Las intendencias consagraron sumas considerables para comprar mulas en el extranjero, mientras poco antes abundaba todo frente á nuestra vanguardia, y una gran cantidad de cebada importada de New-York, se quedó por falta de trasportes, aglomerada en su mayor parte en el muelle de Veracruz, inundada por el agua del mar, hasta el día en que no pudiendo utilizarse, se remitió á Francia, adonde llegó averiada en mas de su mitad. Tambien se intentó hacer en Tampico una operación de remonta, de la cual resultó que cada caballo llevado á Veracruz para nuestros cazadores de Africa, costaba por término medio, 25,000 francos, incluyendo todos los gastos. Además, esta operación costó una lancha cañonera, *La Lance*, que se perdió en la barra del rio. Tales fueron los frutos de la contemporización.

En fin, la *ciudad de los Angeles* apareció á nuestra vista como la tierra prometida. Era preciso comenzar un sitio en regla. El mismo sistema que hasta entonces habia prevalecido en la dirección de las operaciones militares, se empleó en el cerco de la plaza. Se desechó la idea de un asalto, que sin duda, despues de algunos trabajos de aproximación y

reconocimiento, se pudo intentar contra los mexicanos, atacando desde luego la ciudad, para hacer caer despues los fuertes de *Guadalupe* y *Loreto*, únicamente por el hambre y la sed. Mas tarde la toma de la Penitenciaría nos dió por un momento las llaves de la ciudad, porque ya los asaltantes habian penetrado á las cuadras, desde donde se podia caer sobre la Catedral que servia de reducto al general Ortega. Los sitiados, perseguidos muy de cerca por nuestras bayonetas, se desbandaban en desórden y enmedio del pánico. Se dió orden de retirada abandonando las posiciones tomadas, y cuya conservacion parecia muy aventurada y peligrosa. Y desde esa sangrienta jornada nocturna, los franceses tuvieron que resignarse á atacar y abandonar sucesivamente grupos de casas, conquistadas muy caro, perdidas y vueltas á tomar, procediendo metódicamente, deteniéndose en un límite preciso, designado préviamente al empuje de nuestras tropas, indicando así claramente al enemigo sobre que punto iba á darse el ataque del dia siguiente, dejándole siempre diez y ocho horas de descanso para aumentar su línea de trincheras, y para abrir sus troneras, á cuyo abrigo, invisible, fusilaba á nuestros soldados que avanzaban sobre ellas en tinieblas á pecho descubierto.

Gracias á este sistema condenado por los inteligentes en el arte de la guerra, reputados por su esperiencia, ese fatal sitio duró tres dias mas que el de Zaragoza, y sin el ataque feliz del fuerte de Teotimehuacan, que hizo caer la plaza, ya se disponia el campamento para acuartelarse durante la mala estacion frente á los muros de Puebla. El cerro de San Juan, adonde se habia situado el cuartel general, comenzaba á cubrirse ya de barracas de madera y chozas de adobe destinadas para las tropas. Hasta que se habia comenzado el sitio se advirtió la insuficiencia de nuestros cañones, y fué preciso enviar al comandante Bruat que fuese á buscar á bordo de la escuadra, las piezas rayadas de grueso calibre.

Despues de la capitulacion de Puebla, poco faltó, sin la insistencia de los generales de division, para que se aplazase la marcha sobre México. Esto era preparar deliberadamente un segundo sitio, porque México estaba rodeado de fortificaciones que comenzaban ya á artillarse. Sorprendida la capital, no hizo resistencia alguna.

Si el general Forey hubiera evitado el sitio de Puebla con la rapidez de su marcha, las cosas en México habrian cambiado de aspecto. Gracias á nuestros retardos, el espíritu de resistencia se habia desarrollado en la República, y tuvo tiempo de invadir las provincias que desde entonces se decidieron por la autoridad presidencial. Las capitales de los Estados, que iban á convertirse en otros tantos focos de insurreccion, habrian permanecido tranquilas por falta de acuerdo entre sí, y la Francia, desde los primeros dias de 1863, entrando como dueña en México, habria conquistado toda su libertad de accion para ligarse francamente con los separatistas del Sur, los cuales por su parte tambien entonces ganaban terreno.

A pesar de las flores y los fuegos artificiales, prodigados en el tránsito del general Forey al entrar á México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que debió sobre todo llamar la atencion de un gefe observador, fué que Juarez no habia sido espulsado por la poblacion de la capital. El gefe del Estado cedia el puesto por la fuerza, pero sin compromiso alguno. En su retirada llevaba consigo el poder republicano sin dejarlo caer de sus manos: estaba agobiado, pero no abdicaba. Tenia la tenacidad del derecho. Durante cinco años, el secreto de la fuerza de inercia ó de la resistencia del viejo indio, fué retirarse de pueblo en pueblo, sin encontrar jamás en su camino un asesino ni un traidor.